

CELEBRAR

QUÉ HACER
EN EL TIEMPO
DE PASCUA

Centre de Pastoral Litúrgica

QUÉ ES LA PASCUA

El Señor Jesús murió un viernes, y su resurrección se produjo al amanecer del primer día de la semana, el domingo. El sábado había sido la fiesta de los judíos. De esta manera lo explican los evangelios.

La Pascua de los judíos

En la semana de Pascua, desde tiempos antiguos, los judíos celebraban la cena pascual en recuerdo y memorial de lo que Dios había obrado en favor de su pueblo elegido cuando los libró de la esclavitud de Egipto haciéndoles pasar milagrosamente el Mar Rojo. Si estaban en Jerusalén llevaban a sacrificar los corderos al templo y después los comían en familia o en grupos lo bastante numerosos como para que no quedaran sobras. Durante la cena también comían hierbas amargas, para recordar la amargura de la esclavitud, y el pan sin levadura, que ya habían comido en los primeros días de libertad vivida en el desierto.

En esta fiesta concentraban todos los otros elementos de la historia de la Salvación: la Creación, la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, José vendido como esclavo, la salida de Egipto y el paso

del Mar Rojo, la entrada en la Tierra Prometida, el retorno del Exilio... La entrega de la Ley a Moisés en el Sinaí era celebrada 50 días después, en otra fiesta que llamaban ya Pentecostés.

Estos acontecimientos tienen en común que en todos ellos hay una intervención, un “paso” de Dios en la historia del pueblo de la Alianza para salvarlo, para darle libertad, para “hacerlo pasar” a una vida mejor que la anterior. Pero ninguna de estas actuaciones de Dios era aún definitiva, sino que en todas ellas se anunciaba una salvación que debía producirse “en la plenitud de los tiempos”.

La Pascua de Jesús

Jesús a lo largo de su vida había participado activamente en todas estas fiestas. I al “llegar su hora”, después de la cena pascual con sus discípulos, muere en cruz –como los corderos que eran inmolados en el templo– y “reposa” el sábado en el sepulcro para resucitar vivo el primer día de la semana: el domingo. Este “paso” de Jesús, ha sido un acontecimiento inédito, único hasta aquel momento, ha sido el paso de la muerte a la vida para siempre, a una nueva vida que ya no está sujeta a la muerte. Ésta es la Pascua de Jesús.

Los primeros cristianos, las mujeres y los apóstoles que se encontraron con el sepulcro vacío, fueron convocados por el Señor Resucitado el mismo domingo de Pascua para participar también ellos de la vida nueva que Él ya poseía plenamente. Y para hacerlo posible, les dio su mismo Espíritu que comportaba el perdón y la paz: “la paz esté con vosotros”. Y los envió a vivir en el mundo la misma vida que Él había vivido.

La Pascua de los cristianos

Jesús había resucitado, esto es, había realizado el paso de la muerte a la vida. Pero había resucitado para que todos los hombres y mujeres del mundo que creyeran en Él y como Él vivieran, también como Él pudieran tener, ya ahora, esa vida eterna en la que la muerte no tiene ya la última palabra. Seguirán siendo reales el sufrimiento y la muerte, como para Él lo fue el Viernes Santo, pero ya ahora por la fe podrán vivir la vida nueva de los resucitados que Él da por medio de su Espíritu que habita en nosotros.

La Pascua de Jesús, su paso de muerte a vida, se produjo para que los hombres, por la fe, pudieran también realizar el mismo paso hacia la salvación. La Pascua de Jesús comportaba la Pascua de los cristianos.

Al anochecer de aquel domingo de Pascua, camino de Emaús, el Señor resucitado alcanza a Cleofás y a su compañero que juntos parten de Jerusalén escandalizados por el Viernes Santo e incapaces de creer en la resurrección. Él les explica las Escrituras, y les hace ver cómo todos los “pasos” de Dios eran ya anuncio de su “paso definitivo”, de la Pascua que han vivido, y les convoca a “partir el pan” tal como había hecho pocos días antes para celebrar y hacer presente su Pascua. Y vuelven a Jerusalén habiendo dado también ellos el “paso” a la vida nueva de la fe.

El domingo y la Eucaristía

Y es más. El Señor resucitado convoca nuevamente a los discípulos “al cabo de ocho días”, otra vez en domingo. De esta manera el primer día de la semana pasa a ser para Él mismo, ya que es el día de la resurrección, la Pascua semanal, en que se celebra la Eucaristía, la cena pascual con toda la Iglesia.

Así pues, la Eucaristía pasa a ser la Pascua como alimento. Y este

alimento puede ser incluso cotidiano, porque diariamente se ha de realizar el paso de esta vida a la vida eterna, de este mundo al Padre, con Jesús.

Para los primeros cristianos todo es Pascua, o, si se quiere, la Pascua lo es todo. Ya no es como hasta entonces una fiesta anual, un día al año. Ya no es tan sólo recuerdo de unos hechos del pasado, sino que es presencia de este paso por la fe, en la vida del creyente, gracias a la acción del Espíritu.

La Pascua anual

Pero, claro está, al cabo de los años, los cristianos, que se distinguían por celebrar la Pascua una vez a la semana, al llegar el aniversario de aquellos días en que Jesús murió en cruz y resucitó, también empezaron a celebrarlo.

Para hacerlo, buscaron –no sin problemas– el momento mismo en que Jesús murió y resucitó. Y así resolvieron que celebrarían cada año la fiesta de Pascua en el domingo que sigue a la primera luna llena de la primavera. Por eso la Pascua es una fiesta móvil, que cambia de fecha cada año y cae entre el día 22 de marzo y el 25 de abril.

En torno a esta fecha fue estructurándose el año litúrgico entero. Así 40 días antes empezaba el tiempo de preparación, la Cuaresma. Al cabo de 40 días de la Pascua se celebraba la Ascensión de Jesús al cielo, tal como explica san Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Y 50 días después, siguiendo el mismo relato, empezaron a celebrar la venida del Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés: la Pascua alcanzaba de esta manera su plenitud.

La iniciación cristiana

La fiesta de Pascua, en especial la Vigilia Pascual, pasó a ser casi el único momento del año en que se celebraba el bautismo, y la Cuaresma era el tiempo de preparación para los que lo iban a recibir, los catecúmenos. La octava de Pascua, esto es, los ocho días después de la Vigilia Pascual (siguiendo el curso de las apariciones del Señor), eran los días en que los recién bautizados –los neófitos– recibían del obispo la catequesis sobre los sacramentos de la iniciación cristiana (sacramentos pascales que señalaban el “paso” a la vida nueva de resucitados) que habían recibido en la Vigilia Pascual: bautismo, confirmación y eucaristía. El domingo de la octava se quitaban la vestidura blanca que habían recibido en el momento de ser bautizados. Por eso era llamado domingo “in albis” (“albis” en latín significa blanco).

Pero el tiempo de Pascua duraba los 50 días enteros, ¡días pascales por excelencia! En todos ellos se celebraba la Pascua: se rezaba de pie, se cantaba el Aleluya, se prohibía cualquier tipo de ayuno penitencial... es decir, había una serie de signos que la distinguían.

En Pentecostés, fiesta popularmente llamada “segunda Pascua”, en paralelismo con la Pascua, se hacía también una vigilia por la noche. El Espíritu Santo prometido era el que hacía posible la nueva vida de los cristianos.

Así durante todo el tiempo de Pascua se invitaba a todos los cristianos ya bautizados a renovar con fuerza la nueva vida que habían recibido en el bautismo. Era y sigue siendo el tiempo más importante del año, que da significado a todas las fiestas del año, ya que todas sin excepción han de ser entendidas desde el acontecimiento único de la Pascua. Y esto mismo con cada uno de los sacramentos. Todos estos signos eclesiales son la Pascua celebrada y actualizada en aquella situación concreta.

El año litúrgico

La historia del año litúrgico, las diversas vicisitudes que fueron sucediéndose a lo largo de los siglos, hicieron que durante mucho tiempo esto que llamamos el “misterio pascual” quedara en segundo plano y predominaran otras espiritualidades y devociones –por ejemplo a la pasión y a la cruz– que, sin olvidar la centralidad del misterio pascual, no la ponían de relieve.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, precedida de un amplio movimiento litúrgico, devolvió a la Pascua su centralidad. Se recuperaron los textos antiguos, los de los Padres de la Iglesia, que con toda la fuerza destacaban la Pascua distintiva del Señor. Se volvió a celebrar con la solemnidad que le corresponde el Triduo Pascual y en especial la Vigilia Pascual, eje y núcleo de todo el año litúrgico, de toda nuestra fe, “madre de todas las vigiliass” como la llamaban los Padres.

Se pusieron también las bases para recuperar el tono pascual que debía tener el domingo y la eucaristía dominical. Se recordó el carácter pascual de cada sacramento y de cada acción eclesial. Se volvió a afirmar con fuerza que lo que distinguía a Jesús, el Hijo de Dios, era su Pascua.

Pero todavía hoy, el tiempo de Pascua resulta flojo. Parece que hayamos consumido todas las energías durante la Cuaresma y el Triduo. El tiempo pascual tiene una fuerza que nos ha de permitir vivirlo y celebrarlo con gozo. Como la Iglesia apostólica. Como la Iglesia de los Padres.

La Pascua definitiva

Para los autores de los inicios de la Iglesia la Pascua lo era todo. Pascua es cada domingo. Pascua es cada sacramento. Pascua es cada fiesta del año porque cada una de ellas recibe su sentido de

la Pascua de Jesús. Pascua es cada hecho de la Historia de la Salvación que recordamos y celebramos: en todos ellos se anuncia lo que sucederá en Jesús.

Pascua es, sobre todo, la fiesta de Pascua, el Triduo Pascual del Señor muerto en cruz, colocado en el sepulcro y resucitado a la vida: porque “con su pasión *el Señor ha pasado de muerte a vida* y en su resurrección nos ha abierto el camino a nosotros los creyentes, para que *también nosotros pasemos de muerte a vida*” (San Agustín, *Enarrationes in Psalmis*, 120,6).

Por eso, Pascua es la salvación que esperamos para el final de la historia, para el fin de nuestra vida; seremos entonces plenamente resucitados con Cristo Jesús: será la nueva Creación, el domingo sin fin, cuando se nos concederá el descanso tan deseado (cf. Mt 11,28-30). Como Jesús, con Jesús y gracias a Él, también “habremos pasado de muerte a vida”.